La estoy viendo

Kevin Pérez Alarcón

Círculo Rojo
EDITORIAL

1

Ana

¿Qué es eso? ¿Qué es ese ruido? Estoy oyendo chispas. Vienen de la cocina. Estoy segura. Me levanto del sofá y me acerco poco a poco. Cruzo el pasillo y termino frente a la puerta. Sale humo por debajo y huele bastante mal. Me detengo un momento y acerco el oído a la madera. El ruido de las chispas es cada vez más fuerte. Giro el pomo y entro. ¡Mierda! ¡La cocina está en llamas! ¿Qué hago? ¡Joder! Se está incendiando la campana y los armarios laterales. Miro hacia abajo y veo cómo se va llenando el suelo de cenizas. Las llamas son cada vez más grandes y me impiden acercarme con tranquilidad. Me pican demasiado los ojos. Me los tapo con las dos manos. No puedo aguantar más y me pongo a toser una y otra vez. ¡Me estoy ahogando! ¡Cómo no haga algo se quemará la casa entera! Me arde la cara y me chirrían los oídos. ¿Qué puedo hacer?

Con cuidado, doy un par de pasos al frente y alargo el brazo hasta alcanzar una olla grande. ¡Ah! ¡Quema! ¡Quema! ¡Me he quemado! ¡Joder! ¡La puta olla está que arde! El mango de plástico se ha deformado por el fuego y tengo que moverla tan rápido como puedo para no quemarme otra vez. Abro el grifo hasta que sale agua fría a presión y me mojo el dedo gordo. Ahora siento

algo de alivio. Lleno la olla hasta arriba de agua y a toda prisa se la echo a los muebles de la cocina intentando apagar las llamas, pero no es suficiente. Todavía queda mucho por hacer. La vuelvo a llenar y mojo la campana y los cajones. El incendio sigue muy vivo. Se quema un pequeño cesto lleno de plátanos y naranjas situado encima del mármol. Un montón de servilletas blancas dejan de ser blancas para convertirse en un negro carbón que me molesta la vista. ¡Joder! ¡Joder! Lleno la olla una vez más y dejo caer el líquido por todo aquello que veo a mi paso. Me doy cuenta de que las paredes también se están ennegreciendo. Se me cae la olla al suelo y me cubro la boca con la mano derecha para toser varias veces. La gran cantidad de humo que hay en el interior me impide ver con claridad si el fuego se ha apagado del todo. Me parece que lo he conseguido y he evitado un desastre. Menos mal que he llegado a tiempo. Cuando venga mi hermana Esther, no se lo va a creer. No sé qué es lo que puede haber provocado un incendio de tal envergadura.

Hace mucho tiempo que no toco esta cocina. Solo entro en ella para coger comida de la nevera o para sentarme y comer en la mesa que hay cerca de la campana. Ni siquiera recuerdo la última vez que cociné. Debe hacer un montón de años, pero ahora sí que va a ser imposible porque está todo esto que da pena. Uy, ya verás, ya verás Esther cuando entre aquí. No sé cómo vamos a reparar todo esto. Ni a ella ni a mí nos sobra el dinero, con lo que cobramos, no podríamos comprar una cocina entre las dos. En fin.

Salgo de la cocina y me paso el dorso de la mano por la frente. Estoy sudando la gota gorda. Levanto el codo y me huelo el sobaco. Huelo peor de lo que es habitual. Cuando venga la pesada de mi hermana, seguro que me obligará a bañarme. Creo que ayer me lo dijo y no me acordé. Se me olvidan muchas cosas de las que me dice.

2

Esther

¡Uh! ¡Qué tarde es! Ya son casi las dos y mi hermana Ana debe estar hambrienta. Normalmente llego a su casa sobre la una y media, pero esta vez he tardado un poco más en hacer la comida, ya que mi nieto Héctor no dejaba de llorar y no sabía qué hacer para que se calmara. Estaba tan preocupada que he llamado a mi hija. Me parece que está un poco malito mi niño. Su madre ha llegado de trabajar y se ha quedado en mi casa para darle de comer. Solo tiene un año y once meses y todavía no va a la escuela. Su madre dice que es demasiado pronto y yo lo entiendo perfectamente. Ya tendrá tiempo de ir, mientras tanto, Marta y yo cuidamos de él siempre que podemos. Ella hace turno partido y solo puede venir al mediodía. Se queda con el niño en mi casa y así yo aprovecho para ir a casa de mi hermana y llevarle la comida; sin embargo, debo darme prisa porque al cabo de un par de horas ella debe volver a la oficina. Entre semana, la pobre debe cargar con todo, pues es madre soltera y ella tiene la custodia. A veces pienso que es demasiado joven para asumir tantas responsabilidades, pero sin duda, siempre ha tenido mucha fuerza de voluntad para afrontar todo lo que le ha ido ocurriendo.

Voy recorriendo la calle Puig y, como todos los días, me quedo mirando la peluquería abandonada que mi madre alquiló durante tantos años. Recuerdo aquel día que mi Ana y yo éramos solo unas niñas, yo tenía diez años y ella solo siete. Llegábamos a la peluquería después de haber jugado en el parque del centro del pueblo y al entrar, mi madre le estaba cortando el pelo a un señor maduro con multitud de canas en la barba. No dejaban de mirarse con complicidad a través del espejo que había frente a ellos. Mi madre dejó las tijeras encima de una mesita portable que había junto a la pared y le guiñó un ojo. Después ella le acarició el antebrazo con la yema de los dedos y se metió en una pequeña sala que había al final del pasillo. El hombre se quitó la bata negra que le llegaba hasta las rodillas y se expulsó los cabellos negros que tenía en el pantalón. Se levantó y le siguió el paso mientras me esbozaba una pícara sonrisa. Ambos permanecieron encerrados en aquel cuarto durante varios minutos sin interrupción hasta que una señora entró en el local pidiendo ser atendida cuanto antes. Dijo que le urgía que le hicieran la permanente, pues tenía una boda al día siguiente y quería estar perfecta. La señora, desesperada, amenazó con denunciar si no iba alguien enseguida. Entonces, le dije a Ana que se esperara en la salita y me dirigí al cuarto donde mi madre se había metido con aquel señor. Al entrar, lo que vieron mis ojos me dejó sin palabras. Entre un largo banco de madera y el baño estaba mi madre medio agachada esnifando una raya de cocaína que sujetaba con una papeleta, y detrás suyo, se encontraba ese hombre con el pantalón bajado hasta los pies. Me fijé un momento en su rostro arrugado y me percaté de que me estaba mirando fijamente con un gesto turbio que me asustó de inmediato. Salí corriendo del cuarto y me eché a llorar delante de mi hermana y aquella señora.

Ese mismo fin de semana, lo pasamos las dos solas en casa. Era muy común que mi madre se fuera de juerga los sábados y

que los domingos apareciera por la noche con una resaca de mil demonios. Yo desde bien pequeña tuve que aprender a cuidar de mí y de mi hermana. Con tan solo ocho años ya cocinaba, limpiaba y ayudaba a Ana con los deberes. Tuve que madurar de manera muy precoz. Mi madre estaba poco en casa y cuando se encontraba por allí, o estaba ocupada liándose con algún desconocido o tirada en la cama recuperándose de toda la droga que se había metido. Ella no era mala persona, nunca lo fue, pero su promiscuidad y sus adicciones nos hacían sentir desprotegidas. Jamás conocimos a nuestros padres. Mi madre no nos habló de ellos. Mi hermana Ana y yo somos hijas de padres diferentes y en la vida supimos nada de ellos. Decía que eran unos desgraciados porque solo iban a lo que iban. Se acostaron con ella una noche y luego no quisieron saber nada del asunto. Si te visto, no me acuerdo. Es triste, pero fue así. Pese a los errores que cometió siempre guardaré un buen recuerdo suyo. Tenía una enfermedad y no supo cómo sobrellevarla. La primera vez que dio a luz tenía cuarenta y seis años y la segunda, cuarenta y nueve, al borde de la menopausia. Los primeros años, mi abuela aún estaba viva y pudo cuidarnos en la medida de lo posible. Sin embargo, ella ya era mayor y estaba muy destruida a causa del sufrimiento que mi madre le había causado. Apenas le quedaban fuerzas para poder criar a dos nietas ella sola con ochenta años. Hizo todo lo que pudo hasta que murió cuando yo apenas tenía seis primaveras y Ana tres. Durante menos de tres años, mi madre tuvo un novio que también estaba metido en la droga, pero sabía cuidar de nosotras y nos llegó a querer como a unas hijas. Gracias a él, Ana, que era la más pequeña, pudo desarrollarse con algo de cariño que él le daba porque mi madre seguía ausente.

Salgo de mi ensimismamiento y sigo andando por la estrecha calle. Un leve escalofrío me provoca agitar los hombros en un acto reflejo. Corre algo de aire y siento un punzante dolor en la

pierna operada. Últimamente me duele más de lo habitual y supongo que el cambio de tiempo tiene mucho que ver. En estas últimas semanas, han bajado las temperaturas y mi cuerpo lo nota.

Bajo la vista al suelo y veo que un gran tronco está tirado en medio de la calzada y decido acercarme. Me agacho un poco y lo desplazo hasta la acera con la muleta. No fuera que cualquiera que pase por aquí no lo vea y se tropiece. Me apoyo con el codo en la baranda y bajo lentamente por la rampa hasta la calle de abajo, que es en la que vive mi hermana. Sigo descendiendo hasta que llego a su casa. Meto la llave en el bombín y le doy la vuelta con dificultades. Este pomo está cada vez más oxidado y en cualquier momento comenzará a fallar. Un día de estos llamaré al cerrajero del pueblo para que venga a cambiarlo. Intento abrir la puerta, pero me cuesta. A causa de la humedad que se ha acumulado durante estos días se ha hinchado la madera y no puedo empujarla. Me ayudo con la muleta y hago fuerza hacia dentro hasta que consigo abrir.

—¡Ana! ¡Ya estoy aquí! —grito antes de cerrar la puerta tras de mí—. Siento llegar tarde, he tenido algunos asuntos que resolver.

Al no responder, levanto la cabeza y la veo sentada en una de las sillas del comedor con los brazos cruzados mirando hacia al suelo.

—¿Ana? ¿Qué haces ahí sentada? ¿Me he perdido algo? —le pregunto mientras entorno los ojos y me acerco a ella.

—¿No hueles a nada? —sigue desabrochándose el segundo botón del pijama rosa de peluches dibujados que lleva puesto.

—Pues huelo a humedad, como siempre que entro en esta casa —respondo entre tanto que me agacho para coger unas bragas tiradas en el suelo—. ¿Has abierto las ventanas esta mañana como te dije?

—¿De verdad que no hueles a quemado? —interpela poniéndose en pie, curvando la espalda de manera poco ortodoxa.

—No, claro que no. ¿Acaso se ha quemado algo?

Asiente con una mirada bastante convincente.

—A ver, ¿qué ha pasado, Ana?

—Pues se ha quemado la cocina —asegura pasándose la mano por los canosos cabellos que le cubren la frente.

—No me digas —sigo al tiempo que sobrepaso el pasillo que me lleva a la puerta de la cocina.

Entro y lo primero que veo es un charco enorme en medio del suelo que un poco más y me hace resbalar. Más hacia el fondo, se percibe otro algo más pequeño, pero no menos peligroso. Los muebles de la cocina brillan de lo mojados que están y las cajoneras chorrean por todos lados. Madre mía la que ha liado esta mujer. Secar todo esto me va a traer una faena de miedo.

—Por Dios, Ana —le digo señalando con la mano el fregadero tan lleno de agua que da la sensación de que se va a desbordar en cualquier momento—. Aquí en vez de un incendio parece que haya habido una inundación.

—¿Cómo que una inundación? ¿No ves lo negra que se ha puesto la cocina?

—Aquí la que se va a poner negra de verdad soy yo. ¿Te has tomado la pastilla esta mañana?

—¿De verdad que no se ha quemado la cocina?

—No, Ana. No se ha quemado nada. Te lo aseguro. Te vuelvo a repetir, ¿te has tomado la pastilla esta mañana?

—Uf, menos mal.

Me la quedo mirando con gesto serio.

—No me he acordado, luego me la tomo.

—No, luego no. Te la tomas ahora delante de mí. ¿Sabes lo peligroso que es que no te tomes la medicación? ¿Quieres que te dé un brote psicótico?

Se queda callada y sobrepasa ligeramente el umbral.

—¡No des un paso más! ¡Vas a resbalar, Ana! ¿Qué no lo estás viendo? Corre, ves al salón y tráeme el cubo y la fregona.

—¿Lo lleno de agua?

—No, no hace falta.

Vuelve con lo que le he pedido y me pongo manos a la obra. Después de la multitud de pisadas, el suelo ha quedado hecho un asco. Desatasco el fregadero y le echo un chorro de lejía al cubo, lo lleno hasta más o menos la mitad de agua caliente y le pido a Ana que se vaya al sofá del salón. No quiero que entre y se caiga como ya le ha pasado alguna vez. Dejo el cubo en el suelo y escurro el mocho apretando con fuerza, sin embargo, hago una mueca de dolor. Al hacer este gesto se me resiente el hombro operado. Parece mentira que después de los años y de tres operaciones me haya quedado tan mal. Pero bueno, qué se le va a hacer.

Lo friego lo mejor que puedo y seco los armarios que siguen goteando por la gran cantidad de agua que Ana ha despotricado por la mayor parte de este lugar. Madre mía, qué desastre de mujer está hecha suelto en voz baja mientras muevo la cabeza hacia ambos lados. No puedo evitar esbozar una leve sonrisa. La pobre estaba tan convencida de que se había quemado esto que me ha sabido hasta mal llevarle la contraria.

—¡Ana! —grito para que me oiga sujetando el palo de la fregona con ambas manos—. ¡Abre las ventanas!

—¿Qué? —interpela desde el salón.

—¡Que abras todas las ventanas!

No dice nada.

Salgo de la cocina ayudándome con la muleta para no caer y aprovecho para repasar el pasillo con el mocho. Hay algo pegajoso que no sé qué es. Parecen como restos de aceite o grasa.

—Ana, te tengo dicho que pases la fregona. Estás todo el día en casa. No te cuesta nada limpiar un poco. Los rincones están llenos de polvo. Yo no puedo estar aquí a todas horas haciendo la faena por ti.

Ella se mantiene sentada en el sofá con los pies apoyados encima de la mesita que tiene enfrente.

—Ana, ¿has escuchado lo que te he dicho? —le pregunto entre tanto que me quedo mirando las largas y llenas de roña uñas de sus pies.

—Sí. Sí, te he escuchado —contesta mientras sujeta el mando de la tele y le da al botón de encendido—. Limpiaré más a menudo.

—¿Te duchaste anoche?

—No me dio tiempo. Estuve hablando por teléfono hasta bien tarde.

—¿Ah sí? ¿Con quién?

—Con el de siempre. Con el príncipe de Inglaterra. Está enamorado de mí y no se da cuenta de que yo no quiero nada con él. Se lo he dicho muchas veces, pero me sigue llamando. Es muy pesado, la verdad. Se lo cojo porque es un hombre muy educado y si hablo con él es por educación.

—Ah, con que el príncipe de Inglaterra… ¿pero no me dijiste que el que estaba enamorado de ti era el de Italia?

—¿El de Italia? Ah, pero de eso hace mucho tiempo. Ya ni me acordaba del de Italia. Lo que no entiendo es cómo han conseguido mi número de teléfono. Como son gente importante seguro que se lo ha dado alguna agencia de estas privadas o algo. Vete tú a saber.

—Eso digo yo. Vete tú a saber. Pues Ana, quiero que te duches después de que me vaya. Venga, mujer, que tienes cuarenta y un años. Que ya no eres una niña.

—No fastidies. Y tú tienes cuarenta y cuatro.

—Y córtate esas uñas, que pronto te vas a agujerar hasta los calcetines.

—¿Tanto te molesta lo que yo haga?

—No me molesta, Ana, pero me preocupo por ti. Quiero que te cuides un poco más para que te sientas mejor.

—No me voy a sentir mejor llenándome de potingues la cara ni pintándome de rubio el pelo como tú. Me da igual todo. La vida es una mierda.

—¡No digas eso, Ana! ¡Por favor! Hace muchos días que estás encerrada. ¿Por qué no sales a dar una vuelta? Ya verás como saliendo a que te toque el aire estarás más animada. ¿Quieres que vayamos a tomar café con mi amiga Eva?

—¿Con esa amargada? Con esa no voy ni de coña, criticona, infiel… Su marido lleva unos cuernos como una casa de grandes y seguro que él ni lo sabe.

—Pero si no está casada, Ana… Se divorció hace mucho tiempo.

—Eso es lo que te ha dicho a ti. De ahí a que sea verdad…

—Bueno, Ana. Eh… tómate la pastilla. ¿La de la depresión te la has tomado?

—Creo que no…

—Pues voy a buscártelas. Y te tomas las dos. La de la depresión y la de la esquizofrenia.

—¡Sabes que no me gusta que me obligues!

—¡No te obligo, Ana! ¡No te obligo! Pero necesitas tomártelas. ¿Quieres que te vuelvan a ingresar?

Niega con la cabeza.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Mientras ella se queda mirando la tele espatarrada en el sofá, camino hasta el baño. Observo que justo debajo de la bombilla

instalada en la pared del pasillo hay una gran macha de humedad. Paso los dedos de la mano derecha y se me tiñen de negro. La textura es fría, desagradable. No entiendo cómo en esta casa hay tanta humedad. Voy hasta el fondo y me meto en la habitación de mi hermana, subo la persiana gris con dificultades. Mierda, solo sube hasta la mitad porque se acaba de atascar. Y no es la primera vez que ocurre. Aún estamos esperando que vengan a repararla, pero como siempre tengo que encargarme yo de todo no puedo estar en todos lados. Al cuidar tanto de mi nieto como de Ana apenas me queda tiempo para dedicarme a mí misma. Desde hace unos años mi matrimonio con Pablo se ha convertido en una relación más fría y distante. Él trabaja en una fábrica todo el día y cuando mi hija Marta viene a buscar al niño, mi marido llega. Ya ni siquiera tenemos relaciones. Cenamos, nos ponemos a leer en la cama y al poco rato nos vamos a dormir, y así todos los días. Parece mentira que la vida haya cambiado tanto. Pero bueno, qué le vamos a hacer.

Abro la ventana y saco la cabeza para respirar aire puro. Doña Agustina, la vecina de enfrente, tiene la ropa tendida. Unos pantalones verdes de lino y una camiseta negra que debe ser de su hijo se agitan con brusquedad por un fuerte golpe de aire. Solo llevo puesta una chaquetilla de piel primaveral y comienzo a tener frío. Me abrazo a mí misma rascándome los brazos hasta tres veces y me aparto de la ventana. Abro el armario y encuentro todo desordenado: los pantalones de chándal mal puestos uno al lado del otro, los zapatos encima de los jerséis, la parte de arriba de un pijama rojo colgando de la barra del cuelga ropa y una bolsa de la playa volcada hacia abajo con un bañador de cuadros que sobresale del interior. Aunque sé que mañana todo volverá a estar patas arriba lo ordeno lo mejor que puedo. Me pongo a hacer la cama y me percato de que huele a meado. ¿Pero cómo le puede haber pasado esto? Una mancha de amarillo chillón sobresalta en